

## Midas en la ciudad. Andando hacia Olimpia

Midas in the city. Walking towards Olympia

**Jaime L. Lorenzo Saiz-Calleja**

Universidad Complutense de Madrid  
jllorenz@pdi.ucm.es

---

**Resumen.** Relato de una breve aproximación a pie a Madrid, atravesando los campos de la periferia, hoy baldíos, sobre los que se pretendía desarrollar el crecimiento de la ciudad, y reflexionando sobre los efectos que la presión especulativa insensata ha tenido sobre ellos.

**Abstract.** This is the story of a pedestrian approach to Madrid, crossing the fields on the outskirts of the city, now barren, where future urban development had been planned; and reflecting on the effects of reckless speculative pressure on them.

**Palabras clave.** Ciudad; deriva; caminar; urbanismo.

**Keywords.** City; derive; walking; town planning.

**Formato de citación.** Lorenzo Saiz-Calleja, Jaime L. (2017). Midas en la ciudad. Andando hacia Olimpia. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 7(2), 103-115. [http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/lorenzo\\_saiz](http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/lorenzo_saiz)

**Recibido:** 24/10/2017; **aceptado:** 04/11/2017; **publicado:** 08/11/2017  
**Edición:** Almería, 2017, Universidad de Almería

---

*...que nunca se va directamente al punto de llegada, [...], que el recorrido más corto nunca es el mejor, que se ven muchas más cosas cuando se da vueltas, que al perder tiempo se gana espacio*

Francesco Careni

Una mañana de las Navidades de 2016 nos reunimos en Coslada, localidad colindante con el término municipal de Madrid por el este, un pequeño grupo de caminantes que, animados por el entusiasmo de Paco Navamuel y Andrés Medina, albergaba la sana intención de entrar en Madrid andando. La zona que pretendemos recorrer está dominada por la presencia, lejana, de los estuches en los que se conserva la memoria de los sucesivos fracasos olímpicos madrileños: el Centro Acuático y el Estadio Olímpico, objetos que hemos elegido como nuestra meta. De ahí el nombre que se ha dado al intento: “Peripateo Postolímpico”.

El 22 de marzo de 2007, Perejaume, Tonia Raquejo, Luis Ortega, Carles Guerra, Fernando de Porrás-Isla, Javier Malo y Marcos Montes realizaron una acción consistente en intentar salir de Madrid a pie, acompañados de tres pies dibujados en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en el siglo XVIII (Perejaume y Fernando de Porrás-Isla, 2008). La comitiva partió de la Facultad de Bellas Artes, en cuya biblioteca se custodian los dibujos, y avanzó hacia el sur, a lo largo del curso del Manzanares, y en paralelo a la autopista M-30, hasta que, al llegar la noche, acampó en las proximidades de la Depuradora Sur de Madrid, habiendo sorteado el primer cinturón de autopistas de los tres que ciñen la ciudad. A la mañana siguiente, desanduvieron el camino.

Hoy las cosas han cambiado mucho: la M-30 ya no es el río de tráfico de seis carriles que se mostraba como un foso infranqueable y contaminante, sino que su caudal discurre ahora por una atarjea subterránea cuyo techo simula un parque, y los vecinos de Legazpi pueden ir, sin dificultad, a hacer sus compras en un gran centro comercial que se ha construido al otro lado del río. Quizá por ello hemos pensado que nuestro proyecto puede ser realizable.

Envueltos por las brumas y la escarcha del amanecer abandonamos Coslada, atravesando lo que empieza a ser una buena pinada, y alcanzamos el límite de la gran ciudad: Madrid. No puede decirse que nos

sintamos bienvenidos: la frontera está claramente definida por una cerca de malla metálica, con sendas pistas de tierra a ambos lados para patrullar la frontera con facilidad, y, a intervalos regulares, carteles prohibiendo el paso a los peatones (pero sólo a los peatones) (fig. 1). Si albergábamos alguna duda de que, como afirma Claudio Magris, no hay viaje sin que se crucen fronteras, aquí tenemos la prueba evidente. Afortunadamente, la valla no está coronada con alambre de espino, o con *concertinas*<sup>1</sup> como las que recordamos haber encontrado rematando las tapias, durante otra entrada en la ciudad desde El Pardo, lo que hoy nos tranquiliza. Pero como no habíamos pensado que fuéramos a necesitar un *stalker*<sup>2</sup> que nos mostrara el camino, y tampoco a esta hora temprana nos encontramos con ánimo transgresor, tras ese fugaz recuerdo decidimos, como en la Edad Media, buscar las puertas de la ciudad.



Figura 1. Prohibido entrar en la ciudad andando [fotografía del autor]

Iniciamos el rodeo de la valla y, al poco, al rebasar una loma, un gran cartel de una empresa constructora nos anuncia que tal empresa apoya la candidatura olímpica de Madrid 2012. ¡Sí, claro! los Juegos Olímpicos aquéllos que se celebraron en Londres; y cuatro años después vinieron también los de Río de Janeiro, eso fue el año pasado; y todavía nos faltan los de 2020, que serán en Tokio.

<sup>1</sup> La ‘concertina’ es un rediseño moderno del clásico alambre de espino que se empleaba, aparte de en la guerra, para cercar terrenos; tiene sobre éste las ventajas de su menor precio y de los mayores daños que es susceptible de causar, al haberse sustituido las puntas por láminas delgadas, como cuchillas. En época reciente se han hecho tristemente célebres las ‘concertinas’ instaladas en las fronteras españolas de Ceuta y Melilla.

<sup>2</sup> La película de Andrei Tarkovsky, *Stalker* (1979), se sitúa en un lugar indeterminado, apodado *la Zona*, donde, por haber sufrido un cataclismo sin especificar, la naturaleza tiene un comportamiento anormal. La Zona se encuentra cercada y su perímetro patrullado; sólo algunos guías especializados, los *stalker*, saben cómo entrar y se atreven a desplazarse por ella. En 1995, el profesor Francesco Careri ha empleado este nombre, *Stalker*, para bautizar los distintos grupos de trabajo sobre la ciudad que ha constituido, dependientes de su Laboratorio, *Arti Civiche*, en la Università degli Studi Roma Tre, donde imparte clases.

Más adelante encontramos lo que puede ser el primer monumento (Robert Smithson, 1967) de nuestro periplo. Varios focos sostenidos por altos mástiles rodean un par de enormes piezas cilíndricas desgajadas de algo aún mayor. Sin embargo, vistos estos trozos de túnel más de cerca, y considerando su aspecto de fuselaje deteriorado y la presencia de otras piezas menores un poco más allá, la impresión es de estar ante los restos de algo que podría haber sido, por ejemplo, una nave espacial; como si nos encontráramos en un parque temático reconstrucción del escenario de “La guerra de las galaxias. Episodio n” (fig. 2).



Figura 2. Naves galácticas [fotografía del autor]

El camino nos lleva a una autopista, tres carriles en cada sentido, puentes, vías de incorporación y de salida cortadas porque no llevan a ninguna parte, lo que no tiene mayor importancia, porque prácticamente no hay tráfico, todavía. O quizá sea porque, precisamente este día, al estar la contaminación del aire de la capital por encima de los límites admisibles, el Ayuntamiento ha decidido restringir el tráfico rodado en el centro de la ciudad, y los conductores, repentinamente concienciados incluso los que se mueven por la periferia, han dejado los coches en casa.

Al otro lado de la autopista, la valla que nos acompañaba se ha quedado atrás, y la hemos cambiado por otra de diferencias casi imperceptibles. Y, en esta línea de costa que vamos bordeando, se abre una ensenada que nos invita: hay una amplia avenida, bien asfaltada, con aceras y bulevar central. A derecha e izquierda, las bocacalles mueren a los pocos metros contra bloques de hormigón y la recurrente valla; sólo las explanaciones de tierra y los bordillos se prolongan tierra adentro un poco más. Las construcciones que se alinean en el muelle son varias casetas prefabricadas, prácticamente iguales entre sí, aunque decoradas con vistosos carteles de colores; a pesar de tanta variedad, lo que ofrecen es, si nos fijamos un poco, lo mismo: pisos convencionales de precios casi idénticos que se levantarán “aquí cerca” (fig. 3).



Figura 3. ¡Se vende futuro! [fotografía del autor]

Parece que empezaron a establecerse hace cosa de un año y se han incrementado desde hace tres meses, cuando una sentencia del Tribunal Supremo despejó finalmente el camino para los llamados ‘nuevos desarrollos urbanísticos’: hectáreas y hectáreas de suelo en distintos lugares de la periferia de la ciudad, que el PGOU de Madrid de 1997 había calificado de forma tan precipitada que, hasta el año pasado, han estado paralizados, pendientes de sucesivas sentencias de los tribunales<sup>3</sup>. Y, de paso, comprometiendo el desarrollo de la ciudad más allá de lo que resulta razonable.

Poco después de la aprobación del Plan General, alguien había optado por dejar en manos de “profesionales” (los promotores inmobiliarios) el planeamiento de la ciudad, y debió ser en torno al cambio del milenio cuando un Rey Midas capcioso decidió que había llegado el momento de “poner en valor” estos terrenos y, al así tocarlos, los convirtió en oro. Eso sí, convertidos en oro para el futuro, a más de veinte años vista. Y en aquel mismo momento quedaron desprovistos de vida alguna.

Los campos que venimos viendo desde fuera de las vallas corresponden a alguno de esos ‘nuevos desarrollos urbanísticos’ del distrito de Vicálvaro, con nombres tan sonoros como “Los Cañaverales”, “Los Ahijones” o “Los Berrocales” (fig. 4).

<sup>3</sup> Se trata de un total de veintidós sectores, entre Desarrollos urbanísticos y PAUs arrastrados del planeamiento de 1985, situados principalmente en las periferias norte, este y sur de Madrid que, en conjunto, han puesto en el mercado suelo para la construcción de más de 200 000 viviendas (Dolores Brandis, 2014). Por tratarse, en general, de terrenos que, en el planeamiento anterior, habían tenido no sólo la consideración de “no urbanizables”, sino también de “protegidos”, sucesivas sentencias contrarias obligaron al Ayuntamiento de Madrid a modificar el Plan General de 1985 (en 2013) y, subsiguientemente, el de 1997, hasta obtener la sentencia favorable. La mayoría se encuentran aún sin urbanizar, a los veinte años de la aprobación del PGOUM. Sólo los cuatro pertenecientes a Vicálvaro suman más de 68 000 futuras viviendas, suficientes para alojar cómodamente a todos los habitantes de capitales como San Sebastián, Burgos o Albacete.



Figura 4. Campos urbanizados [fotografía del autor]



Figura 5. Oro puro (algún día) [fotografía del autor]

Puede que conserven, aunque sea latente, una lejana memoria de haber sido productivos en algún tiempo lejano, como pasto o como cultivo, de haber sido algo, pero tienen más la apariencia de haber sufrido algún terrible cataclismo: los efectos que podría haber causado un huracán o una explosión nuclear de los que no nos han informado. El desierto en Alamogordo<sup>4</sup> tenía mucho mejor aspecto en aquellas fotos antiguas de propaganda. Sólo nos faltan en este paisaje esos matojos rodantes de los pueblos abandonados de las películas del Oeste, lo que en inglés se llama *tumbleweed*, como los que empujaba la artista Claire Blundell Jones con una “escoba neumática” a través de otra ciudad, para recalcar la idea de la alienación y la desolación, en su pieza del mismo nombre que ha ejecutado en distintas ocasiones desde 2007<sup>5</sup>. Sabemos que no muy lejos de estos campos hay otros muy semejantes, que han sido tocados por una mano europea, igual de miope, y que se mantienen solidariamente improductivos para no alterar el equilibrio de la agricultura de la Unión.

Con tanto pensar en el futuro, parece que a alguien se le ha olvidado el presente, y no nos es difícil encontrar, al final de la avenida cuyos bordillos se pierden en la distancia, el paso que nos permite, por fin, franquear la valla. Según vamos avanzando también aumenta la vegetación y nos llega ya por las rodillas (fig. 5); el terreno sube suavemente cerrando las vistas lejanas de la ciudad: ahora nos sentimos rodeados de campo. O casi: sobre un alto lejano se recorta contra el cielo el pecio de lo que un día quiso ser un edificio que, como observó Smithson (1967), ya se estaba erigiendo en ruinas antes de ser construido (fig. 6).



Figura 6. Erigiéndose en ruinas [fotografía del autor]

---

<sup>4</sup> La primera prueba de una explosión atómica se realizó en una base militar estadounidense próxima a Alamogordo, Nuevo Méjico, en 1945. Otra bomba similar se lanzó al mes siguiente sobre Nagasaki.

<sup>5</sup> <http://claireblundelljones.co.uk/gallery-category/performance/#tumbleweed>

Contaba Le Corbusier, a propósito del proyecto de la *Maison Dom-ino* (Willy Boesiguer y Oscar Stonorov, 1964, p. 23), que al poco de estallar la Gran Guerra las autoridades consideraron que, como iba a durar apenas unos meses, había que programar rápidamente la reconstrucción, para que así, también rápidamente, se olvidara la pesadilla. Pero la pesadilla puede estar en lo que no se quiere explicar y entonces, para evitar preguntas indiscretas, lo mejor es vallarlo y que nadie lo pueda ver.

De pronto, en medio de este llano, rodeados de ciudad que nos mira desde la lejanía, se abre ante nosotros un enorme cráter (fig. 7). ¿Puede tal vez ser la mina de sepiolita? Estamos cerca de la zona (“entre Vicálvaro y Vallecas”) de donde se extraía el material con el que Bartolomé Sureda, último director, y único español, de la Real Fábrica de Porcelanas del Buen Retiro, desarrolló las piezas de la última época de la Fábrica<sup>6</sup>.



Figura 7. El gran ojo ciego [fotografía del autor]

Tampoco parece que haya sido una gravera, tan necesaria para construir el enjambre de autopistas que nos rodea, pero ¿puede esto haber sido capaz de producir nada? Si el *land art* no estuviera hoy bastante denostado, éste sería el lugar idóneo para una obra de esas características. Señalaba Robert Smithson

<sup>6</sup> Cuando aquel alcalde de Madrid que fue el rey Carlos III, entonces todavía Rey de Nápoles, supo que debía abandonar las excavaciones arqueológicas de Pompeya y Herculano que había iniciado, para hacerse cargo de la corona de España, decidió traer en el equipaje la fábrica de porcelana de Capodimonte (completa: máquinas, operarios, director..., hasta el caolín) y establecerla en la posesión real de El Retiro, cerca de donde ahora se levanta la estatua del Ángel Caído. La Fábrica duró poco, pero más que el caolín que se había traído de Italia, así que hubo que ingeniárselas para encontrar materia prima para la porcelana; y la solución, tras muchas pruebas, resultó ser la sepiolita, que es especialmente abundante en las inmediaciones de Madrid. Pero antes de que acabara la Guerra de Independencia, después de haber sido cuartel de las tropas francesas y tras un breve periodo en que recuperó la actividad, la Fábrica fue destruida por los ingleses, dicen las malas lenguas que para eliminar la competencia. Hoy, de ella, sólo quedan un estanque y una noria.

(1979, p. 165) que los mejores sitios para el *earth art* son “aquéllos que han sido alterados por la industria, por el urbanismo insensato o por la devastación propia de la naturaleza”. Y si no hay rastro de industria alguna, ni tenemos noticia de una ‘devastación propia de la naturaleza’ en la zona, ¿queda otra explicación que no sea el ‘urbanismo insensato’? Ciertamente es que hace rato que no nos tropezamos con explanaciones de calles, bordillos u otros indicios de la presencia de obreros urbanizadores, pero quizá este ojo que nada puede ver sea, precisamente, LA huella de su actividad.

Según nos vamos alejando volvemos a notar rastros de actividades constructivas; primero son explanaciones, luego los bordillos que separan aceras y calzadas (fig. 8), medianas de calles, todas inexistentes y, de pronto, grandes bloques de hormigón atravesados, y asfalto: una calle de verdad, con sus farolas y su señalización, con sus principios de bocacalles hacia la nada, y por la que se llega a un grupo de casas adosadas, totalmente terminadas, alineadas a los bordes de cuatro tramos de calle en una manzana completa. Pero aquí no ha vivido nunca nadie; vemos a un operario que se desplaza de casa en casa, abriendo ventanas para ventilar, para eliminar el olor ‘a cerrado’ que debe invadirlas y que las haría invendibles, ahora que el negocio se reactiva.



Figura 8. Avenida hacia la nada [fotografía del autor]

Llegamos a una valla con su puerta, abierta; y, en seguida, otra valla con multitud de huecos; siguen montículos de escombros y, a través de lo que parece haber sido una ventana en la fachada de un edificio desaparecido, aparecemos en medio de la Cañada Real Galiana. A ambos lados del cordel se levantan construcciones de todo tipo, en una sola línea de edificación, con frentes prácticamente continuos que ocasionalmente se separan, formando ensanchamientos en los que crece algún árbol y que actúan como plazas en los que los vecinos se reúnen. Viviendas, almacenes, negocios, la Asociación de Vecinos..., se

han ido estableciendo, a lo largo del tiempo según surgían las necesidades; es lo que se denomina un “desarrollo espontáneo”, y está muy mal considerado; además, las tapias se coronan con trozos de vidrios rotos de variados colores, en vez de las ‘concertinas’, que son tan elegantes. A la Cañada Real se le arrebató hace poco su condición de vía pecuaria y, en su recorrido por el municipio de Madrid, no es más que un conjunto de construcciones ilegales levantadas en una zona verde no urbanizable (según el planeamiento). A pesar de no haber aceras, es lo más urbano que hemos encontrado hasta el momento y, sin embargo, no es nada.



Figura 9. Una ‘sombrita’ para descansar [fotografía del autor]

Si, en cambio, el trazado del camino no hubiera sido el resultado natural, depurado por el paso de los siglos, como vía de comunicación entre un lugar y otro, siendo éste el principal motivo que atrajo a él a la gente, sino aquel recorrido que mejor rendimiento diera, a partir de criterios especulativos, de aprovechamiento del territorio para su ocupación instantánea, el resultado hubiera sido lo que se conoce como un “desarrollo urbanístico”, que tiene muy buena prensa.

La oportunidad de salir de la Cañada se nos presenta cuando llegamos a otra autopista, muy semejante a la que dejamos atrás, salvo porque tiene aún menos tráfico. Las vallas que encontramos están más deterioradas, o han desaparecido, la vegetación espontánea está más desarrollada y los intentos de urbanización son mucho más leves: éste campo es sólo campo; improductivo pero, al menos, parece que alguien le encuentra utilidad (fig. 9).

Pero no nos podemos olvidar de dónde estamos: un poco más adelante se divisan “muchos monumentos menores como las pilonas de hormigón en las que apoyar los hombros de una autopista en construcción” (Smithson, 1967, p. 53), que nos recuerdan las ruinas de templos de Tebas, pero sin haber llegado a estar terminados (fig. 10). A su lado, un túnel imposible, construido antes de volcar sobre él la masa de tierras de una loma artificial que, según parece, es lo que pretende atravesar (más *land art*); no nos podemos resistir a recorrerlo, aunque ello suponga cruzar la tranquila autopista que nos separa de él. Y, al llegar, descubrimos su secreto: no se trata de un túnel, sino de un museo de arte urbano, con obra muy reciente (aún huele), concebido de manera que su propio diseño active la creatividad de los artistas; una idea verdaderamente rompedora.



Figura 10. Las pilonas de Tebas y el museo [fotografía del autor]

Sin darnos cuenta nos hemos quedado atrapados en un triángulo de autopistas: la que acabamos de cruzar, por la que no queremos volver; una de pago, rigurosamente vigilada y firmemente vallada; y la tercera, más animada que las anteriores, que salvamos a través de otra sala del museo (fig. 11), donde la obra expuesta pertenece a una época algo anterior. Probablemente, en una futura exploración, intentaremos localizar todas las salas de este museo disperso y analizar las distintas tendencias. Al salir del túnel, nos encontramos a un paso de las últimas edificaciones de Vicálvaro: hay alguna instalación industrial, pero sobre todo hay, de nuevo, abandono, desolación, restos de actividad, hoy suspendida. Ruinas que esperan la llegada de su Rey Midas (fig. 12).



Figura 11. Otra sala del Museo de Arte Urbano [fotografía del autor]



Figura 12. Esperando al Rey Midas [fotografía del autor]

En una glorieta que articula el pasado, el presente y el futuro, las peripatéticas están sentadas en sillones de plástico y conversan mientras esperan a la clientela.

Aquí damos por cumplido nuestro periplo. Llegar al estadio que habíamos elegido como nuestra meta, a partir de aquí, será fácil: calles, aceras, semáforos..., demasiado fácil. Podríamos pensar que el sentido de nuestro camino hasta este barrio ha sido establecer conexiones entre los espacios dispares que hemos atravesado, despertando continuidades ocultas, suturando las heridas abiertas por el desarrollo; en cierto modo, hilvanar retales. Lo que sigue, requiere otra aproximación.

Para verificar dónde hemos estado, los mapas, entendidos como una representación de la realidad geográfica, han quedado, hoy en día, prácticamente destinados a profesionales del proyecto. Antes de que un cartógrafo registre gráficamente las modificaciones que se van produciendo día a día, aun cuando intente plasmar como existente lo que ya está proyectado y aprobado, la función de saber dónde estamos nos la ofrecen aplicaciones derivadas de la localización por satélite. Cuando no sabemos dónde estamos, hay alguien que sí lo sabe “con un click”. El teléfono nos muestra, mejor que si hubiéramos subido al “Windows on the World”<sup>7</sup> con Michel de Certeau (1990), que hemos circulado por calles, hemos recorrido avenidas, hemos cruzado bloques de viviendas, tal vez alguna piscina, y hemos descansado en parques; puede que incluso hayamos comido en el salón de una vivienda. ¡Hemos estado en la ciudad! (fig. 13).



Figura 13. La zona del Peripateo Postolímpico [fuente: SIGPAC <http://www.madrid.org/sigpac/>]

<sup>7</sup> “Windows on the World” era el restaurante situado en la última planta de la Torre Norte del World Trade Center de Nueva York (las “Torres Gemelas”), desde donde se supone que “el mirón” (de Certeau, 1990) observaba la ciudad.

## Bibliografía

- BOESIGER, Willy; STONOROV, Oscar (1974). *Le Corbusier et Pierre Jeanneret. Oeuvre complète 1910-1929*. Zurich: Les Editions d'Architecture (Artemis). ISBN: 3-7608-8011-8 [(1964)]
- BRANDIS, Dolores (2014). “La periferia inacabada madrileña. El penúltimo capítulo de una historia interminable” en *XII Coloquio y Trabajos de Campo del Grupo de Geografía Urbana (AGE). Territorios inconclusos y sociedades rotas. Comunicaciones*. Madrid: Grupo de Geografía Urbana, Asociación de Geógrafos Españoles. ISBN: 978-84-940784-2-2. pp. 69-80 [https://docs.wixstatic.com/ugd/91d437\\_44abf1e66c83432892b5824ba403ddd6.pdf](https://docs.wixstatic.com/ugd/91d437_44abf1e66c83432892b5824ba403ddd6.pdf) (confirmado XI-2017)
- CARERI, Francesco (2016). “São Paulo” en *Pasear, detenerse* (trad. Maurici Pla). Barcelona: Editorial Gustavo Gili. ISBN: 978-84-252-2932-9. pp. 93-103 [Publicado originalmente como “São Francisco calling Rome”, *Domus* núm. 963 (suplemento de la exposición *São Paulo Calling*), Milán, 2012, pp. 18-25]
- DE CERTEAU, Michel (2002). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer (nueva edición, establecida y presentada por Luce Giard)* (trad. Alejandro Pescador). México D.F.: Universidad Iberoamericana. ISBN: 978-968-85-9259-5. [*L'invention du quotidien I. Arts de faire (Nouvelle édition, établie et présentée par Luce Giard (1990))*]. pp. 103-122
- MAÑUECO SANTURTÚN, Carmen (1999). “La Real Fábrica de Porcelana del Buen Retiro a través de sus documentos” en *Manufactura del Buen Retiro 1760-1808*. Madrid: Museo Arqueológico Nacional. ISBN: 84-369-3206-4 pp. 17-128
- PEREJAUME; PORRAS-ISLA, Fernando de (2008). *Tres dibujos de Madrid. Una acción con Perejaume* (2008). Madrid: Editorial Complutense. ISBN: 978-84-7491-922-6
- SMITHSON, Robert (1967). “A Tour of the Monuments of Passaic, New Jersey”, *Artforum* (December 1967). ISSN: 0004-3532. pp. 52-57
- SMITHSON, Robert (1996). “Frederick Law Olmstead and the Dialectical Landscape” en *The collected writings. 2nd Edition* (ed. Jack Flam). Berkeley and Los Angeles / London: The University of California Press. ISBN: 978-0-5202-0385-3. [Publicado originalmente como *The writings of Robert Smithson* (ed. Nancy Holt). New York: New York University Press (1979)]. pp. 160-170



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.

